

La última bazarra
de don Juan.

LA ULTIMA HAZAÑA DE DON JUAN.

Tragicomedia representable
en tres actos y
seis cuadros.

LA CULTURA MEXICANA DE HOY

Tratado de la cultura mexicana

y sus raíces

de la cultura

ACTO PRIMERO.

PHOTO LIBRARY

LA ÚLTIMA HAZAÑA DE DON JUAN.

Tragicomedia representable
en tres actos y
seis cuadros.

La acción se desarrolla en la época actual.

-o-o-o-o-o-o-

ACTO PRIMERO.

Salón en casa de los señores de Sanz. Con los dueños de la casa, varias señoras, señoritas y caballeros forman diversos grupos. Al levantarse el telón se oye un coro de carcajadas.

Un caballero.

- Pero qué cosas tiene este Zulueta!

Zulueta.

- Si es el Evan-gelio!

Otro caballero.

- Ya sabes, Zulueta, que el Carnaval es una persistencia de las bacanales y saturnales antiguas.

Zulueta.

- Cuando os digo que viene a ser una anticipación del Juicio Final en el que cada uno aparece como realmente es!....

Otro caballero.

- Pues el procedimiento está en quiebra.

Zulueta.

- ¿Por qué?.

LA ÚLTIMA BARRERA DE DON JUAN

Tragedia en tres actos y en tres cuartos

La acción se desarrolla en la época actual

ACTO PRIMERO

Salida en casa de los señores de Sant. con los señores de la casa.
 Señores, señoras y señoras. Señores señores señores. El señor.
 El señor se que un caso de caridad.
 Un caballero.
 Pero que cosa tiene este caballero.
 Yunque.
 Si es el Sr. Juan.
 Otro caballero.
 Yo sepa, Yunque, que el Carnaval es una preparación de las
 cosas y estructuras antiguas.
 Yunque.
 Cuando se dice que Juan es un caballero del siglo XV
 el que cada uno aparece como realmente es.
 Otro caballero.
 Pues el procedimiento está en el aire.
 Yunque.

El tercer caballero.

- Pues no ves cómo ha entrado ya en rápida decadencia?.

Zulueta.

- Es que hay ahora más sinceridad.

El tercer caballero.

- No lo entiendo.

Zulueta.

- Me explicaré. La sociedad es un tejido de convenciones, de tra-
mas, de simulaciones que encierran al hombre en una envoltura casi impene-
trable. Tan difícil es conocer a uno por esa especie de disfraz que la so-
ciedad ha puesto a todos, que ha llegado a ser igualmente difícil conocer-
se a sí mismo. Esto viene de muy lejos. Ya los griegos....

El primer caballero.

- Bueno!. Ya vas a echar un cuarto a erudición.

Zulueta.

- La erudición bien entendida es la sal del discurso. Decía que
los griegos habían colocado a la entrada del templo de Apolo en Delfos
esta máxima: "Conócete a ti mismo".

El primer caballero.

- Pero chico!. Si eso es erudición de la más barata!.

Zulueta.

- Como corresponde a estos tiempos de libre competencia. Yo soy
enemigo de los monopolios y de los consiguientes precios altos hasta cuan-
do se trata de erudición. Continúo. La máxima que os he colocado prueba la
verdad de mi proposición.

El segundo caballero.

- Yo ya no la recuerdo.

Zulueta.

- O!, si sic omnia!.

El segundo caballero.

- Hombre!. No abuses de tu dominio del latín.

El primer capítulo
- Este me va a ser de mucho provecho
- El segundo capítulo
- El tercer capítulo
- El cuarto capítulo
- El quinto capítulo
- El sexto capítulo
- El séptimo capítulo
- El octavo capítulo
- El noveno capítulo
- El décimo capítulo
- El undécimo capítulo
- El duodécimo capítulo
- El treceavo capítulo
- El catorceavo capítulo
- El quinceavo capítulo
- El dieciséisavo capítulo
- El diecisieteavo capítulo
- El dieciochoavo capítulo
- El diecinueavo capítulo
- El veinteavo capítulo
- El veintinueavo capítulo
- El treintaavo capítulo
- El treinta y uno capítulo
- El treinta y dos capítulo
- El treinta y tres capítulo
- El treinta y cuatro capítulo
- El treinta y cinco capítulo
- El treinta y seis capítulo
- El treinta y siete capítulo
- El treinta y ocho capítulo
- El treinta y nueve capítulo
- El cuarenta capítulo
- El cuarenta y uno capítulo
- El cuarenta y dos capítulo
- El cuarenta y tres capítulo
- El cuarenta y cuatro capítulo
- El cuarenta y cinco capítulo
- El cuarenta y seis capítulo
- El cuarenta y siete capítulo
- El cuarenta y ocho capítulo
- El cuarenta y nueve capítulo
- El cincuenta capítulo
- El cincuenta y uno capítulo
- El cincuenta y dos capítulo
- El cincuenta y tres capítulo
- El cincuenta y cuatro capítulo
- El cincuenta y cinco capítulo
- El cincuenta y seis capítulo
- El cincuenta y siete capítulo
- El cincuenta y ocho capítulo
- El cincuenta y nueve capítulo
- El sesenta capítulo
- El sesenta y uno capítulo
- El sesenta y dos capítulo
- El sesenta y tres capítulo
- El sesenta y cuatro capítulo
- El sesenta y cinco capítulo
- El sesenta y seis capítulo
- El sesenta y siete capítulo
- El sesenta y ocho capítulo
- El sesenta y nueve capítulo
- El setenta capítulo
- El setenta y uno capítulo
- El setenta y dos capítulo
- El setenta y tres capítulo
- El setenta y cuatro capítulo
- El setenta y cinco capítulo
- El setenta y seis capítulo
- El setenta y siete capítulo
- El setenta y ocho capítulo
- El setenta y nueve capítulo
- El ochenta capítulo
- El ochenta y uno capítulo
- El ochenta y dos capítulo
- El ochenta y tres capítulo
- El ochenta y cuatro capítulo
- El ochenta y cinco capítulo
- El ochenta y seis capítulo
- El ochenta y siete capítulo
- El ochenta y ocho capítulo
- El ochenta y nueve capítulo
- El noventa capítulo
- El noventa y uno capítulo
- El noventa y dos capítulo
- El noventa y tres capítulo
- El noventa y cuatro capítulo
- El noventa y cinco capítulo
- El noventa y seis capítulo
- El noventa y siete capítulo
- El noventa y ocho capítulo
- El noventa y nueve capítulo
- El cien capítulo

Zulueta.

- No llega a dominio. No es más que usufructo.

El ter-cer caballero.

- Entre unos y otros no vais a dejar a Zulueta que acabe de exponer su luminosa teoría sobre la decadencia del Carnaval.

Zulueta.

- Así ha pasado siempre. Las grandes concepciones han tenido que luchar encarnizadamente para abrirse paso en las mentes de los hombres.

El primer caballero.

- Lo ha dicho Modesto Zulueta, discípulo de Nietzsche.

Zulueta.

- Pon, si quieres, otro Nietzsche. Después de todo, seguramente ni él ni yo tendremos razón.

El primer caballero.

- Eres terrible!

Zulueta.

- Psh!. Se vive. Bueno. ¿Sigo ilustrándoos o no?

El tercer caballero.

- Si, hombre. Te escuchamos como a un oráculo.

Zulueta.

- Oid, pues, catecúmenos. Afirmaba yo que la decadencia del Carnaval se debía a un aumento de sinceridad que hacía innecesario el periódico disfraz anual para que cada uno apareciese tal como es. Todo alrededor de nosotros prueba que hoy se miente menos que antes y que los hombres consultan cada vez menos su verdadera personalidad.

El primer caballero.

- La prueba tú, que te nos apareces como un filósofo profundo.

Zulueta.

- Filósofo, nada más que filósofo.

El primer caballero.

- No, no. Profundo como un abismo sin fondo.

~~Zulueta.~~

El primer caballo
El segundo caballo
El tercer caballo
El cuarto caballo
El quinto caballo
El sexto caballo
El séptimo caballo
El octavo caballo
El noveno caballo
El décimo caballo
El undécimo caballo
El duodécimo caballo
El treceavo caballo
El catorceavo caballo
El quinceavo caballo
El dieciséavo caballo
El diecisieteavo caballo
El dieciochoavo caballo
El diecinueavo caballo
El veinteavo caballo
El veinteeavo caballo
El treintaavo caballo
El treinta y unoavo caballo
El treinta y dosavo caballo
El treinta y tresavo caballo
El treinta y cuatroavo caballo
El treinta y cincoavo caballo
El treinta y seisavo caballo
El treinta y sieteavo caballo
El treinta y ochoavo caballo
El treinta y nueveavo caballo
El cuarentaavo caballo
El cuarenta y unoavo caballo
El cuarenta y dosavo caballo
El cuarenta y tresavo caballo
El cuarenta y cuatroavo caballo
El cuarenta y cincoavo caballo
El cuarenta y seisavo caballo
El cuarenta y sieteavo caballo
El cuarenta y ochoavo caballo
El cuarenta y nueveavo caballo
El cincuentaavo caballo
El cincuenta y unoavo caballo
El cincuenta y dosavo caballo
El cincuenta y tresavo caballo
El cincuenta y cuatroavo caballo
El cincuenta y cincoavo caballo
El cincuenta y seisavo caballo
El cincuenta y sieteavo caballo
El cincuenta y ochoavo caballo
El cincuenta y nueveavo caballo
El sesentaavo caballo
El sesenta y unoavo caballo
El sesenta y dosavo caballo
El sesenta y tresavo caballo
El sesenta y cuatroavo caballo
El sesenta y cincoavo caballo
El sesenta y seisavo caballo
El sesenta y sieteavo caballo
El sesenta y ochoavo caballo
El sesenta y nueveavo caballo
El setentaavo caballo
El setenta y unoavo caballo
El setenta y dosavo caballo
El setenta y tresavo caballo
El setenta y cuatroavo caballo
El setenta y cincoavo caballo
El setenta y seisavo caballo
El setenta y sieteavo caballo
El setenta y ochoavo caballo
El setenta y nueveavo caballo
El ochentaavo caballo
El ochenta y unoavo caballo
El ochenta y dosavo caballo
El ochenta y tresavo caballo
El ochenta y cuatroavo caballo
El ochenta y cincoavo caballo
El ochenta y seisavo caballo
El ochenta y sieteavo caballo
El ochenta y ochoavo caballo
El ochenta y nueveavo caballo
El noventaavo caballo
El noventa y unoavo caballo
El noventa y dosavo caballo
El noventa y tresavo caballo
El noventa y cuatroavo caballo
El noventa y cincoavo caballo
El noventa y seisavo caballo
El noventa y sieteavo caballo
El noventa y ochoavo caballo
El noventa y nueveavo caballo
El cienavo caballo

Zulueta.

- Mi modestia me manda rechazar tu frase. Es demasiada profun-

idad.

El segundo caballero.

- Dices que ahora se miente menos que antes?

Zulueta.

- Si. No tenéis más que fijaros en la diplomacia, arte de la men-
sura por excelencia. Después de la guerra los asuntos internacionales se
resuelven en medio de la mayor publicidad.

El segundo caballero.

- Ahí le duele!

Zulueta.

- ¿Dónde?

El segundo caballero.

- En lo de la publicidad. ¿Tú crees que la publicidad, represen-
tada ~~por~~ principalmente por la Prensa y la radio, aclara las cosas que
antes se resolvían en el misterio?

Zulueta.

- Sí creo. Los periódicos son hoy la conciencia de la Humanidad.

El primer caballero.

- Qué Castelar se pierde!

El segundo caballero.

- A mí, por el contrario, me parece que los periódicos son como
grandes calamares que oscurecen todas las cuestiones con su tinta. Y en
cuanto a la radio bueno!. Después del uso que todos los Gobiernos
hacen de ella....

El primer caballero.

- Luz y taquígrafos!, pido como Maura.

Zulueta.

- ¿Para qué?

- El objetivo no puede ser el de los demás...

El segundo capítulo

- Digo que para el mundo...

El tercer capítulo

- El tercer capítulo...

...de la...

El cuarto capítulo

El quinto capítulo

...de la...

El sexto capítulo

...de la...

El séptimo capítulo

- En la...

...de la...

...de la...

El octavo capítulo

- El octavo capítulo...

El noveno capítulo

...de la...

El décimo capítulo

- El décimo capítulo...

...de la...

...de la...

El undécimo capítulo

...de la...

El duodécimo capítulo

El primer caballero.

- La luz para hallar la verdad en vuestra discusión y los taquígrafos para recoger e impedir que la posteridad desconozca esas frases laboriosas con que la adornáis. ~~Zulueta~~

Zulueta.

- No. Deja en paz a la posteridad. No la abrumemos con el peso de nuestros genios.

El segundo caballero.

- Otro aspecto de la publicidad es el anuncio. ¿Y me quieres decir lo que hay de verdad en un anuncio?.

Zulueta.

- Hombre, los hay sinceros. Por ejemplo, yo no creo en los cinturones eléctricos ni en los remedios que valen para curarlo todo. Pero en el anuncio de un buen sastre ¿por qué no he de creer?. (Siguen hablando).

En otro grupo. Una señora.

- Antoñita se pasa el día preparando sus trapos.

Otra señora.

- No. Si todas nuestras hijas no hacen otra cosa.

Felisa.

- Tenga usted en cuenta, doña Asunción, que un baile de trajes como el que da esta noche el Casino no es plato de todos los días en nuestra ciudad.

La primera señora.

- Lo único que me disgusta es que sea de trajes precisamente. Se presta a que las madres tengamos que reforzar nuestra vigilancia. Con los disfraces hay más atrevimiento.

Felisa.

- Pero estando, como estamos, en Carnaval, comprenderá usted que es lo indicado. Además, ilusiona tanto vestirse una de lo que quiera! Yo he elegido un disfraz de Colombina al cual no le falta nada.

Doña Asunción.

- ¿A que sí?.

Felisa.

- ¿Qué?

Doña Asunción.

- Pues su Pierrot.

Felisa.

- Bah!, ya los habré en el baile.

Enrique Miralles (entrando).

- Buenas tardes! (Le saludan todos).

La señora de Sanz.

- Hola, Miralles. Un poco retrasado viene usted hoy.

Enrique.

- El bufete, doña Martins. Ya sabe usted que un abogado se parece a un médico en que tiene su consultorio abierto a todas horas. Y para acabar el parecido, así como los médicos procuran curar a su paciente arrancándolo de la muerte muchas veces, nosotros debemos hacer lo mismo con los enfermos de la conducta cuya defensa se nos confía.

Una señorita.

- Y que usted, Miralles, puede vanagloriarse de haber librado a muchos. Por eso es el abogado de más fama de nuestra ciudad.

Enrique.

- No. Deseo cumplir con mi deber y nada más.

Un caballero.

- Vamos, no te hagas el modesto. Todos sabemos que trabajas como un negro.

Zulueta.

- En los tiempos de la esclavitud.

Enrique.

- Tú siempre exacto.

Zulueta.

- La exactitud es la cortesía de los poderosos. (Todos ríen).

De la...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

Otro caballero.

- Siempre el mismo!. Es un zumbón que se burla de la misma ver-

Zulueta.

- Como que si, en vez de nacer aquí, nazco en Sevilla ya me hubierais llamado como a don Juan: "El burlador de Sevilla", hijo espiritual de Tirso de Molina.

El primer cabllero.

- Otro derroche de erudición!.

Zulueta.

- Yo he sido siempre generoso.

Otro caballero.

- Hombre!. A propósito de don Juan. ¿Se ha sabido algo nuevo de ese don Juan que ha aparecido por aquí?.

Enrique.

- ¿Qué don Juan?.

El caballero.

- Pues uno que ha dado en la flor de enamorar a las pocas mujeres que aquí salen de noche.

Enrique.

- Bah!. Será algún bromista.

El caballero.

- No, no. Parece que se trata de un don Juan auténtico. Al menos, como tal se presenta.

Una señorita.

- Y cómo es?.

Una señora.

- Temible. Sobre todo para las muchachas curiosas.

Enrique.

- No lo crea usted. Se ha exagerado mucho el poder de seducción de don Juan.

Otra señorita.

- Dicen que era irresistible.

Enrique.

- Sí. Así lo pintan. Pero no es más que fantasía. Don Juan es un mito inventado por los poetas. Ese tipo no ha existido jamás, afortunadamente.

Una señorita.

- ¿No le es a usted simpático?.

Enrique.

- ¿A mí?. No. Lo odio de todo corazón. (Se acerca^a Luisa y forman grupo aparte).

Luisa.

- ¿Cómo has tardado tanto?.

Enrique.

- Cosas de la profesión. Cuando iba a venir he tenido que evacuar una consulta.

Luisa.

- Dichosas consultas!. Todos tienen más derecho que yo a estar contigo. Y gracias a que el tipo de Tenorio no te es simpático. Porque con tu fama, tu posición, tu presencia y tu fortuna no te faltarían conquistas con lo celosa que yo soy y con lo que te quiero, me harías horriblemente desagradada.

Enrique.

- Tranquilízate. Me tendrían que cambiar de pies a cabeza para que me diera la ocurrencia de emular a don Juan. Tengo de la vida una idea algo más elevada que la que representa el mito del Tenorio. Un hombre que dedica su vida entera al amor de las mujeres y nada más que a esto!.

Luisa.

- Sí. Ya veo que a ti no te llama la atención el amor.

Enrique.

- El amor sí. Pero no llámes amor al deseo insaciable y bestial

El primer punto de la agenda es el informe de la comisión de seguimiento de la reforma de la LRU.

El segundo punto es el informe de la comisión de seguimiento de la reforma de la LRU.

El tercer punto es el informe de la comisión de seguimiento de la reforma de la LRU.

El cuarto punto es el informe de la comisión de seguimiento de la reforma de la LRU.

El quinto punto es el informe de la comisión de seguimiento de la reforma de la LRU.

El sexto punto es el informe de la comisión de seguimiento de la reforma de la LRU.

El séptimo punto es el informe de la comisión de seguimiento de la reforma de la LRU.

El octavo punto es el informe de la comisión de seguimiento de la reforma de la LRU.

El noveno punto es el informe de la comisión de seguimiento de la reforma de la LRU.

El décimo punto es el informe de la comisión de seguimiento de la reforma de la LRU.

El undécimo punto es el informe de la comisión de seguimiento de la reforma de la LRU.

El duodécimo punto es el informe de la comisión de seguimiento de la reforma de la LRU.

don Juan. Amor a una mujer por toda la vida, amor sincero y noble, el que te tengo a ti, ése sí. Pero andar como un perro detrás de todas las mujeres, dedicar todo su tiempo a eso, no. Hay mucho más elevados y espirituales ejercicios de la virilidad que están esperando el empuje de nuestras energías.

Luisa.

- Pero don Juan, aparte de dedicarse a eso exclusivamente, tenía un poder de atracción inexplicable.

Enrique.

- No, inexplicable no. Las víctimas de don Juan eran todas anormales. No locas, precisamente, pero tampoco cabales. En general, histéricas. En una mujer corriente y moliente no hacen efecto las flores de trapo de la retórica tenosiesca.

Luisa.

- Bueno. Dejemos en paz a don Juan. Supongo que, entre todos tus asuntos, te habrá quedado algún ratito libre para pensar en mí.

Enrique.

- ¿Un ratito?. Si tu recuerdo no me abandona un momento! Te veo tras de cada hoja del Alcubilla.

Luisa.

- Ay, qué gracia!. Yo flotando en medio de un fallo de lo Contentoso.

Enrique.

- La Poesía naciendo del caos.

Luisa.

- No hables con tan poco respeto de las instituciones.

Enrique.

- Si tuvieras que andar entre leyes, como yo, desearías muchas veces ser Dios.

Luisa.

- ¿Para qué?.

Enrique.

- Para sacar al mundo de la confusión. Todas las profesiones son difíciles para un hombre sincero en este mundo que tiene por inteligentes a los hombres que saben disimular, es decir, mentir. Pero yo creo que la nuestra lo es más que ninguna. En otras la verdad estará oculta, pero en la nuestra casi siempre, además de oculta, está ocultada.

Luisa.

- No entiendo bien eso.

Enrique.

- Está ocultada porque los hombres procuran enturbiar las cosas para salirse con la suya y llevarse la razón a toda costa. Y como nosotros, más que nadie, tenemos el enemigo terrible del precedente, resulta que la tarea de encontrar la verdad en las confusiones anteriores es una verdadera obra de romanos.

Luisa.

- Bueno. ~~así~~ A mí lo que me importa es que me quieras de verdad.

Enrique.

- No sólo de verdad. Te quiero de verdad y por siempre.

Luisa.

- Si es de veras, tu amor durará siempre.

Enrique.

- No todas las veces es exacto eso.

Luisa.

- Pues yo creo que sí.

Enrique.

- Pues te equivocas, preciosa mía. El amor es como el viento. A veces, un huracán fortísimo lo arrasa todo en un trastorno general. Y hay amores como huracanes, que derriban los más fuertes espíritus. Otras veces, el viento sopla con fuerza pero sin violencia y de una manera caprichosa, tan pronto de poniente como de levante. Así se dan amores torbellinos, de fuerza media, que llevan a un corazón de aquí para allá.

en otras ocasiones, una brisa tran-
quila y suave endulza los atardeceres
de verano igual que esos amores sosegados que llenan el ocaso de una vida.

Luisa.

- Y el tuyo ¿cómo es?

Enrique.

- Hay otra variedad de vientos. ¿No has oído hablar de los ali-

los?

Luisa.

- Sí. En el colegio nos hicieron estudiar eso.

Enrique.

- Tú sabes que esos vientos, de fuerza moderada, soplan constan-
temente en una dirección.

Luisa.

- Entonces

Enrique.

- Entonces.... ya lo has adivinado. Mudable como el viento, se
dice. Firme como el viento, te digo yo. Constante como el alisio. No lacu-
sa furiosa de huracán que pasa prontamente, dejando ruinas y lamentos. Ni
versatilidad de los vientos variables. Ni tibieza de brisa. Constancia,
persistencia, igualdad, poder siempre inmutable del alisio. Así te quiero
yo, Luisa de mi alma.

Luisa.

- Mira, Enrique. Yo no sé decir cosas tan bonitas como tú. Pero
sé quererte como nadie. Cuando me acuerdo.....

Una señora (acercándose a Enrique).

- ¿Tendría usted la bondad, miralles?. No es más que un momento.

Luisa.

(Aparte). -Oh, qué enfado!.

Enrique.

- Con mucho gusto. (A Luisa). Vuelvo al momento. (Se va con la
señora y los dos se acercan a una señorita con la que hablan animadamente.
Luisa los observa con disimulo).

Luisa.

- Qué desfachatez!. No tienen miramiento alguno. Creen que somos tontos. Y Antoñita se ciarea de un modo.... Cómo quieren pescarlo!. Si no estuviera tan segura de Enrique.... Pero es tan confiado que a lo mejor....

Doña Martina.

- Por Dios, Luisa!. Que pareces la estatua de la sabiduría. Tan seria, con el entrecejo fruncido.... Vamos, acércate. (Luisa se acerca de mala gana al grupo). Ven aquí, mujer. Anda, cuéntanos qué disfraz has elegido para esta noche.

Luisa.

- ¿Yo?. Ninguno.

Felisa.

- Entonces, ¿cómo vas a ir?.

Luisa.

- De ninguna manera. No me gustan los bailes.

Felisa.

- Qué rara eres!.

Luisa.

- No. Los raros son los bailes. Shimming, fox trot, one step.... Yo sé qué es más feo: si el nombre o el movimiento de esas danzas.

Felisa.

- Pues chica, todo el mundo las baila.

Luisa.

- Ya lo sé. También nuestras antepasadas llevaban todas polisión.

Felisa.

- Es distinto!.

Luisa.

- ¿Por qué?. No es más que un capricho de la moda que nosotras, como los borregos de un rebaño, acatamos sin chistar.

Felisa.

- Pero las modas las lanzan los artistas de las grandes casas.

Luisa.

- Hay de todo. Artistas y especuladores. Validos de la tendencia innata en todas las mujeres a adornarse por parecer más bellas, los más grandes modistos han creado una industria para explotar a la mujer. Como los ganaderos a sus reses, así nos tratan esas gentes.

Felisa.

- No exageres, mujer. Se te nota que estás enfadada.

Luisa.

- Pudiera ser. Me subleva que haya quien nos imponga lo que hemos de llevar.

Felisa.

- No. Me parece que no es ésa la causa de tu enfado.

Luisa.

- Pues cuál?.

Felisa.

- Qué sé yo!. Quizás Enrique....

Luisa.

- Qué?.

Felisa.

- ¿Sabes si va a ir esta noche al baile?.

Luisa.

- No va nunca. Es como yo. ¿Por qué lo dices?.

Felisa.

- Por nada. Como le veo tan solicitado.... (indicando a Enrique).

Luisa.

(Aparte). Oh, estas amigas tan caritativas!. (A Felisa, aparentando indiferencia). Bah!. Consultas, asuntos de su profesión.

Felisa.

- Sí, seguramente. Pero hablan con un calor.... (Enrique se separa de Antoñita y se dirige hacia Luisa. Los demás del grupo siguen hablando).

El primer caballero.

- Ven un momento, Enrique.

Enrique.

- ¿Qué queréis?. (Forman un grupo los tres caballeros, Zulueta Enrique).

El primer caballero.

- Tú que estás fuerte en esto del Tenorio, contéstale a éste.

Enrique.

- Hombre!. Tanto como fuerte....

El primer caballero.

- Sí, nombre, sí. Ya sabemos que has estudiado a fondo esa figu-

Enrique.

- No lo niego. Me atrae y me repugna a la vez.

El primer caballero.

- Pues aquí tienes a éste que defiende a don Juan.

El segundo caballero.

- Lo que yo digo es que don Juan tiene una significación simbólica. Es el rebelde que rompe con las leyes de una sociedad y de una moral mezquinas. En este sentido, puede considerarse como un precursor de los héroes y heroínas de Ibsen.

Zulueta.

-Sí. Es un caballo suelto en una cacharrería.

Enrique.

- Tú lo has dicho, Zulueta. Que rompe con las leyes es indudable. Lo que ya no lo es tanto es que esas leyes sean todas malas. La buena fe, la confianza, el cumplimiento de una palabra dada, la amistad, el mismo amor son leyes todavía vigentes porque en ellas descansa la organización de la sociedad entera. Destruirlas es acabar con la sociedad y el que lo haga debe ser mirado como un criminal, no como un héroe.

El segundo caballero.

- Pero muchas veces creemos que son leyes lo que hemos dado en

llamar respetos humanos.

Enrique.

- No creo que la formalidad pueda considerarse así. Y uno de los pecados más graves de don Juan es su falta de formalidad.

Zulueta.

- Como que en el Sermón de la Montaña falta esta bienaventuranza: Bienaventurados los formales porque ellos serán creídos.

Enrique.

- Has dicho una verdad trascendental, Zulueta. Todas las relaciones humanas se basan en la credulidad. Y el mundo no será perfecto hasta que todos pongan en sus asuntos una completa buena fe. Por eso la mayor gracia que puede obtener un hombre es la de ser siempre creído. De ahí la verdad y la profundidad de tu bienaventuranza.

El tercer caballero.

- Yo encuentro más acertado el simbolismo del Tenorio de Zorrilla. Para mí don Juan es el pecador a quien Dios perdona a todo trance por haber amado mucho.

Enrique.

- Oh, no manches esa palabra, Gómez!. Amor!. ¿Qué sabe de amor, el verdadero amor, don Juan?. Don Juan sólo persigue la satisfacción de su instinto sexual en su forma más grosera. ¿Concibes tú a don Juan sintiendo noblemente y pensando con delicadeza?. No. La naturaleza de don Juan es puro barro.

Gómez.

- Sin embargo, el amor de doña Inés lo siente, por sí, don Juan.

Enrique.

- Es un capricho de Zorrilla, que ha desfigurado su tipo central. Don Juan es de una índole tal que es absolutamente incapaz de amar correctamente. Tanto valdría querer transformar en oro un pedazo de estiércol.

Zulueta.

- Alguien ha dicho que don Juan es un tipo de selección anatómi-

y mental, punto de partida para la humanidad futura.

Enrique.

- Qué atrocidad!. Menguada humanidad iba a salir de semejante tipo!. ¿Vosotros habéis oído hablar de los hijos de don Juan?. No ha dejado ninguno, que yo sepa.

alguna vez

Zulueta.

- Pues hay muchos que creen que don Juan es el arquetipo del perfecto garrañón.

Enrique.

- Sí, los que le envidian. Pero aun tomando como cierto que don Juan haya existido, cosa, a mi juicio, inverosímil, sus aventuras son de aquella casi todas, no reales. Y por otra parte, los biólogos rechazan por falsa la fisonomía que se atribuye corrientemente a don Juan. Las habaneras de éste son propias de un sátiro de pies de cabra.

Gómez.

- Pero ¿cómo te explicas la permanencia de ese mito a través de los siglos?.

Enrique.

- Por la del instinto que lo ha creado. Don Juan no es más que una perversión del instinto de reproducción y como éste tiene formas tan complicadas, no hay hombre ni mujer a quien no interese algo tal tipo. Agregad a esto que el tema del amor es el más socorrido por ser el más vulgar, en el sentido de su universalidad, y el que más fácilmente interesa a la gran masa. Y finalmente, tened en cuenta que el mito de don Juan es producto de una sociedad imperfecta que no siente aún de un modo firme la repugnancia que a todo espíritu selecto produce el alma sucia del Teórico.

Gómez.

- Con todo, hay pensadores que lo tienen por héroe.

Enrique.

- Y en qué se basan para afirmarlo?.

Gómez.

- En su desprecio de la vida. Dicen que está dispuesto a jugarla en todos los momentos.

Enrique.

- Entonces todos los matones son héroes. El heroísmo no está precisamente en arriesgar la vida en cualquier ocasión, sino en arriesgarla por una gran causa. No es el desprecio a la vida, cosa corriente entre los salvajes, lo que caracteriza al heroísmo, sino la naturaleza del fin por el cual se arriesga la vida. Todos los soldados mercenarios, los bandoleros y otras gentes de tal jaez arriesgan su vida a cada paso. Y el mundo se volvería loco si los considerase merecedores de llamarse héroes por ese sólo hecho.

Gómez.

- No. Don Juan sería un héroe satánico, demoníaco.

Zulueta.

- Ya veo a Satanás en los altares.

Enrique.

- Justamente!. A eso conduciría el tomar como héroes a esas aberraciones. El primero de todos sería el diablo. Desengañaos. El mito de Don Juan no ha podido existir.... (Se oye en la calle un gran tumulto, gritos y voces de Fuera!, Detenedlo!, Duro con él!). ¿Qué barullo es ése?. (Se acercan todos a los balcones).

Zulueta.

- Una comida de la bestia humana.

Gómez.

- Tú siempre lapidario.

Zulueta.

- Salomón era pariente mío por línea materna.

Felisa.

- Ay, qué miedo!. Parece que quieren pegar a aquella máscara.

Doña Asunción.

- Hay mucha gente y allí se ven venir dos guardias. Doña Marti-

1, mande usted a un criado a ver qué pasa.

Doña Martina.

(Tocando un timbre). - Ahora mismo.

Un criado.

- Qué manda la señora?.

Doña Martina.

- Baje usted en un vuelo a enterarse de lo que sucede ahí abajo venga enseguida a decírnoslo.

El criado.

- Voy, señora. (Sale).

El primer caballero.

- Ahora llegan los guardias. Contenta puede verse la máscara. Parece que la gente se la quería comer.

Zulueta.

- El hombre se alimenta de hombres.

Gómez.

- Chico, nos abrumas con tus sentencias.

Zulueta.

- Yo no soy yo. Soy un humilde servidor de la sabiduría.

Felisa.

- Ahora los guardias despachan a la gente. Se conoce que la máscara no debía de ser culpable.

Doña Asunción.

- Guarda. Puede ser que se la lleven después detenida.

Felisa.

- No. Parece que no. La tratan con mucho miramiento.

Zulueta.

- Oh, poder de la inocencia!.

Felisa.

- ¿Por qué lo dice usted?.

Zulueta.

- Por la dulzura de los guardias, que semejan dos ángeles custo-

dios de esa alma pura que debe de ser la máscara. (Se oyen gritos de miedo).

Gómez.

- La gente corre. Los guardias han cargado. Por lo visto, no le satisfacía al público dejar marchar así a la máscara.

Zulueta.

- Es una intuición. Siente que se le escapa la felicidad. La felicidad de hacerla pedazos en sus manos.

El criado (entrando).

- Señora!

Todos.

- Ah!. Ya está aquí el criado. ¿Qué era eso?.

Doña Martina.

- Cuéntenos, Manuel.

Manuel.

- Ha sido una falsa alarma. La gente ha creído reconocer en esa máscara al don Juan que tanto está dando que hablar estos días y lo ha querido linchar.

El primer caballero.

- Malos tiempos éstos para don Juan.

Enrique.

- Los que por fin ha de encontrar. Con hombres más morales don Juan o sus secuaces no podrían vivir. Bueno. Y qué más?.

Manuel.

- Que ha sido una equivocación. Era un disfraz parecido. Pero la gente no se daba por conforme y los guardias han tenido que cargar para disolver al público que se había reunido.

Doña Martina.

- Está bien, Manuel. (Manuel se va). En estos días de Carnaval hay muchas ganas de armar jolgorio. (Enrique se acerca a Luisa, formando con ella grupo aparte).

Felisa.

- Pero lo que resulta de todo ese jollín es que el tal don Juan está aquí haciendo alguna de las suyas.

Gómez.

- No lo creo.

Felisa.

- Pues entonces, ¿por qué se ha excitado tanto la gente?.

Zulueta.

- Porque los hombres reunidos en multitud son como una pila eléctrica, que siempre está deseando descargarse.

Gómez.

- Sí, las muchedumbres ven fantasmas muchas veces.

Otro caballero.

- Eso me parece a mí. Don Juan no existe más que en la imaginación de los poetas.

Zulueta.

- Y en la de sus admiradores.

Felisa.

- Pero algo habrá de cierto cuando todos lo dicen.

Zulueta.

- La Fe tiene figura de mujer.

El caballero.

(A Felisa). ¿Usted ha visto a don Juan alguna de estas noches?.

Felisa.

- ¿Yo?. Qué horror!. No quisiera.

El caballero.

- Pues eso mismo les pasa a los demás.

Felisa.

- No, no. Hay quien asegura haberlo visto. Y me consta que la policía anda tras él.

Zulueta.

- ¿Por qué?. Si es una palomita sin hiel!.

Felisa.

- Se conoce que ha intentado algo y quieren echarle el guante antes que haga alguna de las suyas. (Siguen hablando).

Enrique.

- Pero mujer, comprende. Un abogado no puede negarse....

Luisa.

- No quiero saber nada. Me basta con lo que he observado.

Enrique.

- Y qué es lo que has observado?.

Luisa.

- Sí, hazte el cándido. Pero a mí no me engañas.

Enrique.

- No he pretendido nunca hacerlo.

Luisa.

- ¿Por qué estabas tan obsequioso con Antofñita?.

Enrique.

- ¿Yo obsequioso?.

Luisa.

- ¿Lo negarás aún?.

Enrique.

- Yo no sé qué entenderás tú por obsequioso. He estado amable como procuro estarlo con todo el mundo.

Luisa.

- ¿Ves?. Eso es lo que me subleva. Que encubras la verdad con sofismas.

Enrique.

- La fuerza de la costumbre. Los abogados....

Luisa.

- Encima búrlate. Oh, cómo rabio!.

Enrique.

- Pero mujer.... Si sabes que no quiero a nadie más que a ti.

desecha esos celos inmotivados que van a hacer nuestra desgracia.

Luisa.

- Eso es!. Ahora di que son celos.

Enrique.

- Pues cómo quieres que los llame?.

Luisa.

- Ah, con que son celos?. Y tus miraditas a Antoñita y tus gestos dulces.... Eso también son celos, ¿verdad?.

Enrique.

- Vamos!. No creerás que pretendo conquistar a Antoñita. No es mi tipo.

Luisa.

- Sí. Ya sé que apuntas más alto.

Enrique.

- Hasta ti.

Luisa.

- No. No soy yo precisamente.

Enrique.

- ¿Cómo que no eres tú?. Pues quién entonces?.

Luisa.

- Sí, sí. Disimula. Pero lo sé todo.

Enrique.

- Yo creí que no leías folletines.

Luisa.

- No me descompongas, Enrique!.

Enrique.

- Pero ¿cómo quieres que tome en serio todo esto?.

Luisa.

- Ah, con que no es verdad que haces la corte a Inés, la hija del naviero Berástegui?.

Enrique.

- ¿Yo?. Qué disparate!.

... de las ...

... de las ...

... de las ...

... de las ...

... de las ...

... de las ...

... de las ...

... de las ...

... de las ...

... de las ...

... de las ...

... de las ...

... de las ...

... de las ...

... de las ...

... de las ...

... de las ...

... de las ...

Luisa.

- Claro!. No me lo vas a contar a mí!. Pero ella tiene muchos millones y aunque tú no eres pobre, ni mucho menos....

Enrique.

- Calla, calla, no desvaríes.

Luisa.

- ¿Lo ves?. Ni una excusa, ni una prueba en contra de lo que di-

Enrique.

- Pero ¿quién me ha visto a mí hacer esa corte de que habías?.

Luisa.

- Bah, ya tienes tú buen cuidado de hacerla con cautela. Y luego, naturalmente, me echas una limosna de conversación y gastas la velada hablando con tus amigos. No me negarás que esto es cierto. Apenas si esta tarde has estado conmigo unos minutos.

Enrique.

- Mira, Luisa. Tú serías un ángel si no fueras celosa. Pero tus celos hacen de los valles montañas.

Luisa.

- Cuando el río suena.....

Enrique.

- Lo que más siento en todo esto es que hace ya algún tiempo que me siento fatigado y tú, en vez de aliviar mi cansancio, lo agravas con tus dudas.

Luisa.

- Pero de veras no me engañas?. Yo sufro aún más que tú.

Enrique.

- Ya me conoces y sabes que soy incapaz de engañarte. Sólo te quiero a ti y las demás mujeres no me interesan.

Luisa.

- Perdóname, Enrique. Te quiero tanto!.

Amiga

- Dijo: No se le van a poner a mí. Pero ella tiene un...

... y después de eso... de cuando...

Amiga

- Ella, ella, no...

Amiga

- Yo voy. Si una mujer, si una mujer se va...

Amiga

- Eso porque me he ido a... con...

Amiga

- Pero, ya sabes lo que me pasa de cuando...

... me siento una persona de cuando...

... con los amigos, no se...

Amiga

- Mira, amiga, lo...

... de las...

Amiga

- Cuando...

Amiga

- La que me siento en...

... y en...

Amiga

- Pero de vez en cuando...

Amiga

- Yo me...

... y las...

Amiga

- Y...

Enrique.

- ¿Lo ves?. Hemos hecho amargo un rato que debiera haber sido de
para felicidad para los dos.

Luisa.

- Ahora comprendo que tienes razón. Créeme que soy muy desgra-
lada.

Enrique.

- No me extraña. Y mientras no deseches por completo esos celos
motivados seguirás siéndolo. Ten la seguridad absoluta de que no quiero
nadie más que a ti.. Pase lo que pase y veas lo que veas.

~~una vez feliz como yo ahora~~ Luisa.

- Qué feliz me haces!

Enrique.

(Mirando al reloj). - Tengo que marcharme. Estoy cansado y maña-
na tengo un pleito importante.

Luisa.

-Tan pronto!....

Enrique.

- No hay otro remedio. Adiós, Luisa mía.

Luisa.

- Ay, Enrique!. Cuántas cosas te quisiera decir....

Enrique.

- No puedo quedarme más. Adiós, preciosa.

Luisa.

- Puesto que no hay otro remedio.... Adiós, Enrique mío. (Enri-
que se despide de doña Martina y de los demás contertulios y se va).

Felisa.

- Qué pronto se retira hoy Enrique!.

Doña Martina.

- Nunca ha sido nochern-iego.

Felisa.

- Pero no es aún tan tarde!.

TELON.

ACTO SEGUNDO.

1000 1-2 0706

ACTO SEGUNDO.

Saloncito del Casino de la Ciudad. A través de la puerta se ven pasar de cuando en cuando algunas máscaras. Se oye algo lejano la música del baile. Pasan dos minutos, al cabo de los cuales entran en el saloncito dos máscaras: una vestida de don Juan Tenorio según el drama de Zorrilla y la otra ~~hacia~~ de charra. Las dos llevan puestos los antifaces.

La charra.

- Bueno. Ya estamos lejos del mundanal ruido. Aquí los antifaces sobran. (Se lo quita). ¿Y usted, señor Tenorio?.

Don Juan.

- Como gustéis.

La charra.

- Se ha puesto usted en carácter hasta en el modo de hablar. Pero también a mí me da lo mismo. Después de todo, ya le he conocido apenas le vi entrar en el Casino.

Don Juan.

- No es difícil conocer a don Juan.

La charra.

- Sobre todo cuando se trata de Miralles.

Don Juan.

- No os entiendo.

La charra.

- Tiene gracia!. Pues no lo ha tomado usted poco en serio!. Vámonos, quítese usted el antifaz.

Don Juan.

(Quitándose el antifaz). - Ya está hecho.

La charra.

- Claro!. Miralles!.

Don Juan.

- Qué decís, Inés mía?.

La charra.

(Aparte). Qué alientos da el Carnaval!. A ver si va a resultar cierto que Miralles me quiere hacer la corte, como runrunean por ahí los meliciosos!. (A don Juan). - Pero ¿cómo se ha atrevido usted a vestir ese traje?. Con lo que se habla de ese fantástico don Juan que ha aparecido por aquí!.

Don Juan.

- Nunca don Juan usó otro traje que el que lleva.

La charra.

- Pero Miralles!. Por Dios!....

Don Juan.

- Estáis enajenada. Vuestra precipitada salida del convento os ha turbado la razón, sin duda. Tranquilizaos, bella Inés.

La charra.

(Aparte. Riendo). Ah, vamos!. Ahora caigo. Miralles está tan en su papel que se siente un verdadero don Juan. Le seguiremos la corriente. Será divertido. Veo venir la escena del sofá. (Se dirige hacia la puerta).

Don Juan.

(Deteniéndola). - A dónde vais, doña Inés?.

La charra.

- Dejádme salir, don Juan.

Don Juan.

- ¿Que os deje salir, Inés?.

¿Para qué?. No os dé cuidado por don Gonzalo, que ya dormir tranquilo le hará el mensaje que le he enviado.

La charra.

(Aparte). Ya se ha disparado. En medio de todo, es de lo más gra-

oso. Me sentiré doña Inés. (A don Juan).

- ¿Le habéis dicho?....

Don Juan.

Que os hallabais
bajo mi amparo segura,
y el aura del campo pura
libre por fin respirabais.
Cálmate, pues, vida mía;

La charra.

(Aparte). Y con qué calor lo dice!

Don Juan.

reposa aquí, y un momento
olvida de tu convento
la triste cárcel sombría.

La charra.

(Aparte). Si mi padre oyera llamar a su chalet cárcel sombría!

Don Juan.

Ah! No es cierto, ángel de amor,
que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla
y se respira mejor?.

Esta aura que vaga llena
de los sencillos olores
de las campesinas flores
que brota esa orilla amena;
esa agua limpia y serena
que atraviesa sin temor
la barca del pescador
que espera cantando el día,
¿no es cierto, paloma mía,
que están respirando amor?.

... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...

... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...

... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...

... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...

... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...
... el espíritu de la ley...

La charra.

- Hay que reconocer que los versos de Zorrilla son muy bonitos. Pero me concederá usted, Miralles, que en este saloncito del Casino no son muy puras las auras, precisamente.

Don Juan.

- Esa armonía que el viento recoge entre esos millares de floridos olivares, que agita con manso aliento; ese dulcísimo acento con que trina el ruiseñor, de sus copas morador, llamando al cercano día, ¿no es verdad, gacela mía, que están respirando amor?. ¡ estas palabras que están filtrando insensiblemente tu corazón, ya pendiente de los labios de don Juan, y cuyas ideas van inflamando en su interior un fuego germinador no encendido todavía, ¿no es verdad, estrella mía, que están respirando amor?.

La charra.

(Aparte). Y lo dice con verdadera pasión!.

Don Juan.

- Y esas dos líquidas perlas que se desprenden tranquilas de tus radiantes pupilas, convidándome a beberlas,

evaporarse a no verlas
de sí mismas al calor,
y ese encendido color
que en tu semblante no había,
¿no es verdad, hermosa mía,
que están respirando amor?
Oh! sí, bellísima Inés,
espejo y luz de mis ojos;
escúchame sin enojos
como lo haces, amor es;
mira aquí a tus plantas, pues,
todo el altivo rigor
de este corazón traidor
que rendirse no creía,
adorando, vida mía,
la esclavitud de tu amor.

La charra.

- Bravo, Miralles!. Ahora me toca a mí. A ver cómo me sale.

Don Juan.

- ¿Qué murmuráis, doña Inés?.

La charra.

- Callad, por Dios, oh don Juan!

que no podré resistir
mucho tiempo sin morir
tan nunca sentido afán.

Ah! callad, por compasión;
que, oyéndoos, me parece
que mi cerebro enloquece
y se arde mi corazón.

Ah!. Me habéis dado a beber
un filtro infernal sin duda,
que a rendiros os ayuda

la virtud de la mujer.
Tal vez poseéis, don Juan,
un misterioso amuleto
que a vos me atrae en secreto
como irresistible imán.
Tal vez Satán puso en vos
su vista fascinadora,
su palabra seductora
y el amor que megó a Dios.
Y qué he de hacer, ay de mí!
sino caer en vuestros brazos
si el corazón en pedazos
me vais robando de aquí?
No, don Juan; en poder mío
resistirte no está ya;
yo voy a ti como va
sorbido al mar ese río.
Tu presencia me enajena,
tus palabras me alucinan,
y tus ojos me fascinan,
y tu aliento me envenena.
Don Juan!. Don Juan!. Yo lo imploro
de tu hidalga compasión:
o arráncame el corazón,
o ámame, porque te adoro.

(Todo este recitado será dicho enfáticamente, pero con humor).

Don Juan.

- Alma mía!. (Intenta abrazarla).

La charra.

- ¡Rechazándolo). - No, para broma sería demasiado. No lo haga

sedtan a lo vivo, Miralles.

~~Don Juan~~

Don Juan.

- Oh, Inés mía!. Qué decís?.

La charra.

- Pero habla usted de veras?.

Don Juan.

- ¿Cómo de veras?. Si no he dejado de soñar, hermosa mía, contí- desde que nuestros padres nos prometieron.

La charra.

- No se ponga usted pesado con su don Juan, Miralles.

Don Juan.

- No te entiendo.

La charra.

- ¿Pero tan a pecho ha tomado usted su disfraz de don Juan que quiere ser ni por un momento el abogado Miralles?.

Don Juan.

- No sé a quién os referís. Yo soy don Juan Tenorio, el que en poles puso su cartel:

Aquí está don Juan Tenorio,

y no hay hombre para él.

Desde la princesa altiva....

La charra.

- No siga usted. Me lo sé de memoria. ¿Pero no teme usted que le suceda algo si persiste en pasar por don Juan?.

Don Juan.

- Jamás don Juan conoció el miedo.

La charra.

(Aparte). ¿Si habrá bebido algo de más?. (A don Juan). Pero Miralles no es don Juan.

Don Juan.

(Aparte). Pobre víctima mía!. Delira. (A la charra). Calmãos,

Don Juan

- Oh, ¡qué bien! ¡Qué bien!

La Concha

- Pero ¿qué me va a servir?

Don Juan

- ¿Qué me va a servir? Si no he de ir a la cama, ¿qué me va a servir?

La Concha

La Concha

- No se ponga usted nervioso con eso, ¿verdad?

Don Juan

- No se enfrente.

La Concha

- ¿Pero qué le tengo que decir en el teatro de San Juan?

Yo me voy a por un momento al teatro municipal.

Don Juan

- No se a quien se le va. Yo voy con una familia, si que me

va a servir.

¡Qué bien! ¡Qué bien!

Y yo me voy a por un momento al teatro municipal.

¡Qué bien! ¡Qué bien!

La Concha

- No tiene nada, me lo he escrito; pero no tiene nada.

Yo me voy a por un momento al teatro municipal.

Don Juan

- ¿Pero con qué cosa?

La Concha

(Aparte.) ¡Qué bien! ¡Qué bien!

Yo me voy a por un momento al teatro municipal.

Don Juan

(Aparte.) ¡Qué bien! ¡Qué bien!

La charra.

- Bueno, bueno. Basta de comedia. Volvamos a ser usted Enrique Miralles y yo Inés Berástegui. Lo que hemos sido siempre.

Don Juan.

(Aparte). Desventurada Inés!. Su razón se ha trastornado. (A Inés). Ven, hermosa Inés, tomad ejemplo del reposado silencio de esta casa, dormida entre los campos.... (Intenta abrazarla).

Inés.

- Déjeme en paz, Miralles. Voy creyendo que está usted borracho perdido. (Lo rechaza).

Don Juan.

- Contempla a tu don Juan (se arrodilla) rendido a tus pies de amor.

Inés.

- De modo que, por lo visto, la cosa no tiene remedio?. Usted, que se ha hecho notar siempre por su aversión al tipo de don Juan, trata ahora de emularlo?. Jamás lo hubiera creído. Cualquiera confía en los hombres!. Podía usted haber elegido otra figura menos antipática. Para mí, como para toda mujer sana, el Tenorio es un pobre rufián sin inteligencia sin interés. De modo que, si pensaba usted en conquistas, señor Miralles, perdido en el prestigio que le iba a dar el traje, está usted aviado. De lo que no acabaré nunca de extrañarme es de ver a Enrique Miralles, tan anti-juanesco y tan formal hasta ahora, imitando a don Juan y borracho como la cuba. (Se dirige hacia la puerta).

Don Juan.

- Cielos!. Qué veo!. ¿Inés huyendo de mí?. Dios y el diablo se han puesto en contra mía. Pues con todos ha de poder don Juan Tenorio (Agarra a Inés y quiere llevársela por fuerza).

Inés.

- ¿Qué hace usted?. Oh, esto es ya demasiado!. (Forcejeando).

¡Dadme enseguida o grito.

Don Juan.

- Todo es inútil, Inés. El cielo o el infierno ha unido para siempre nuestros destinos. Ven conmigo. (Quiere llevársela).

Inés.

- No. Ahora que le he conocido, no. (Se defiende).

Don Juan.

- Pues vendrás, aunque el mundo entero quiera impedírmelo.

Inés.

- Me da miedo. Socorro!. Favor!. (Lucha con don Juan. Empieza a acudir del baile gente con sus ~~sus~~ disfraces, que van a separar a Inés de don Juan. Este saca su espada y mantiene a raya a todos. Se reúne mucha gente que grita: Si es Miralles!. Es Enrique!. Por fin, en un esfuerzo, Inés consigue desprenderse de don Juan y escapa de él).

Don Juan.

- Malditos villanos!. (Se va por una puerta lateral).

TELON.

ACTO TERCERO.

ACTO TERCERO.

Despacho de Enrique Miralles. Al atardecer. Va oscureciendo poco a poco de modo que al final del cuadro es de noche.

Fernando.

- Bueno. Ahora que hemos despachado el asunto principal que me traía aquí cuéntame algo de tu famosa ocurrencia.

Enrique.

- ¿De cuál?

Fernando.

- Hombre, ¿de cuál va a ser?. Si en toda la ciudad no se habla de otra cosa.

Enrique.

- No sé nada.

Fernando.

- Vaya!. Te gusta que te regalen los oídos.

Enrique.

- Sinceramente te digo que no sé a qué te referieres.

Fernando.

- Esa sí que es buena!. ¿De manera que ya no te acuerdas del premio que le diste a Inés Berástegui?.

Enrique.

- ¿Yo?.

Fernando.

- Sí, hombre, sí, tú. Todos te conocieron. De modo que es inútil que sigas disimulando.

Enrique.

- Pero si no he visto a Inés hace....

De acuerdo de las leyes de la Unión Soviética, la constitución de la
de modo que el final del estado de la Unión

De acuerdo con las leyes de la Unión Soviética, la constitución de la
de modo que el final del estado de la Unión

De acuerdo con las leyes de la Unión Soviética, la constitución de la
de modo que el final del estado de la Unión

De acuerdo con las leyes de la Unión Soviética, la constitución de la
de modo que el final del estado de la Unión

De acuerdo con las leyes de la Unión Soviética, la constitución de la
de modo que el final del estado de la Unión

De acuerdo con las leyes de la Unión Soviética, la constitución de la
de modo que el final del estado de la Unión

Fernando.

- Parece mentira, Enrique, que a un amigo tan antiguo como yo te peñes en ocultar un secreto que es un secreto a voces.

Enrique.

- Mira, Fernando, para mí estás hablando en jeroglífico. En camelos, como dicen ahora.

Fernando.

- Ah, con que hablo en camelo?. ¿De modo que no quisiste raptar a Inés, o lo fingiste, por lo menos?

Enrique.

- Pero qué dices?. Vamos!. Desvarías, Fernando.

Fernando.

- ¿Quién?. ¿Yo?. Si todos los que estaban en el baile te vieron!

Enrique.

- ¿A mí?. ¿En el baile?

Fernando.

- A ti, sí. A Enrique Miralles en persona.

Enrique.

- Pero si anoche no salí de casa!

Fernando.

- Bonita excusa!. Es claro!. No saliste tú. Salió don Juan Tenorio.

Enrique.

- ¿Don Juan Tenorio?. ¿Qué tengo yo ~~me~~ que ver con ese tipo?.

Fernando.

- Pues ¿quién sino tú, disfrazado de don Juan, quiso raptar a Inés?.

Enrique.

- Pero ¿hablas en serio?.

Fernando.

- Y tan en serio!. Demasiado bien lo sabes tú.

Enrique.

- Te aseguro.... Pero vamos por partes. Cuéntame lo que pasó.

Fernando.

- Pues no te gusta poco que te cuenten lo que sabes tú mejor que

die.

Enrique.

- No importa. Cuéntamelo todo.

Fernando.

- Bueno. Te daré gusto. Qué capricho!. Anoche, en el baile del casino, te presentaste disfrazado de Tenorio e hiciste la escena del sofá con Inés Berástegui, que quiso llevarte el aire.

Enrique.

(Pensativo). - Qué extraño!.

Fernando.

- Y después te la quisiste llevar por la fuerza. Ella se resistió. Acudió gente. Tú desenvainaste la espada. Inés se te escurrió y tú escapaste. Eso es todo.

Enrique.

- ¿Y fui realmente yo?....

Fernando.

- Tú, tú mismo. No hay la menor duda. Empezando por Inés y acabando por los que acudieron, todos pudieron reconocerte perfectamente.

Enrique.

- Pero ¿cómo se explica?....

Fernando.

- La explicación que da todo el mundo es que estabas borracho

perdido.

Enrique.

- Yo?. ¿Si no bebo?!

Fernando.

- Pues da tú otra mejor. Siendo de todos conocida tu aversión

Tenorio, no hay otra manera de justificar tu conducta.

Enrique.

- Me vuelvo loco!. No tengo la menor idea de lo que dices.

Fernando.

- No tiene nada de particular. Después de una borrachera no se acuerda uno de nada.

Enrique.

- Pero si no puede ser!. Si es para perder la razón!. Mira, Fernando, voy a contarte lo que hice anoche.

Fernando.

- Vamos!. Por fin!.

Enrique.

- No, no es lo que tú crees. Anoche, como todas estas noches, cansado de trabajo, me acosté temprano y no he salido hasta esta mañana para ir a la Audiencia. Llevo una temporada de surmenage y no estoy para bromas.

Fernando.

- ¿Y no empezarías a beber en casa y saldrías de ella ya borracho?. Así se explicaría que no te acordases de nada.

Enrique.

- ¿No te digo que no bebo?. Además, si quieres, podemos preguntarle a mi criado. Verás cómo te dice lo mismo.

Fernando.

- No, no. Te creo. Pero entonces ¿cómo explicar tu presencia en el Casino?.

Enrique.

- No. Mi presencia no. Eso es absolutamente imposible. Yo no tengo el don de la ubicuidad y no puedo estar en dos sitios a la vez.

Fernando.

- Pero ¿va a engañarse Inés?. ¿Y van a engañarse todos los que se vieron, que fueron muchos?.

Enrique.

(Pensativo). - No sé. Eso es lo que me desorienta.

Fernando.

- Oye!. Tú tienes ~~enemigos~~ enemigos?.

Enrique.

- ¿Quién no los tiene?.

Fernando.

- Pero vamos.... Alguno en particular.

Enrique.

- No sé. No recuerdo ahora. Yo, al menos, nada he hecho por cre-

nelos.

Fernando.

- ¿Tu novia no ha tenido más pretendientes que tú?.

Enrique.

- ¿Luisa?. Calla!. Ahora me has dado una luz que puede explicar-

lo todo.

Fernando.

- Veamos.

Enrique.

- Cuando yo la pretendía la rondaba Beorlegui, el hijo del ban-

quero. Ya sabes.

Fernando.

- Me acuerdo.

Enrique.

- Recordarás también que es un calavera y que por eso Luisa no

hizo caso.

Fernando.

- Sí.

Enrique.

- El hombre no ha cesado en su empeño y continúa, aunque velada-

mente, persiguiéndola. Más de una vez he creído tener un encuentro con

Fernando.

- Bien. Entonces ¿crees que ha sido Beorlegui?.

Enrique.

- Déjame seguir el razonamiento. Continuamente me acusa Luisa de infidelidad. Cierto que ella es celosa; pero hay alguien, indudablemente, que atiza el fuego. Ahora le ha dado por decir que yo hago la corte a Inés Arístegui. Esta lechuga no se ha cogido en su huerta. Alguno, que muy bien podría ser Beorlegui, se lo ha debido soplar. Relaciona ahora con esto el golpe del Casino y estará todo explicado. Así se comprobaba que, efectivamente, yo pretendía a Inés.

Fernando.

La cosa es verosímil. Pero ¿quién te ha suplantado?.

Enrique.

- Pues el mismo Beorlegui. Está bien claro.

Fernando.

- ¿Y cómo se ha hecho pasar por ti?.

Enrique.

- Pues caracterizándose como yo.

Fernando.

- Hum!. No me parece. ¿Tú crees que Inés, que lo ha tenido al lado un buen rato, no se hubiera percatado de la sustitución?.

Enrique.

(Vacilando). - Hombre!. Ha podido imitarme a la perfección.

Fernando.

- Qué sé yo!. Qué sé yo!. La cosa me parece difícil.

Enrique.

- Pero entonces, ¿quién ha podido ser?.

Fernando.

- Chico!. Esto es un verdadero misterio. Nos haría falta para descubrirlo un detective de éstos que tan en moda han estado estos años.

Enrique.

- Lo peor para mí es que la gente debe de creer a pies juntillas que el autor de la aventura soy yo.

Fernando.

- Así es. Yo lo creía también, como todos, antes de oírte.

Enrique.

- Presiento que esto va a perjudicar enormemente a mi buen nombre. Con lo que odio yo a don Juan!

Fernando.

- Y que va ~~haber~~ a serle algo difícil probar que el don Juan del casino no fué Enrique Miralles, el famoso abogado.

Enrique.

- Qué hacer, Dios mío!

Fernando.

- Bueno. Tengo que dejarte, Enrique. No te preocupes demasiado, al fin se sabrá todo.

Enrique.

- ¿Y si no se supiera?

Fernando.

- Sí, hombre, sí. Al fin todo se sabe en este mundo. Vaya! Adios! (Se va).

Enrique.

- Adiós, Fernando. Pero Señor, ¿qué complot se ha tramado contra mí? Y qué hábilmente ha sido llevado! ¿Quién podrá ser? Beorlegui..... Beorlegui..... Sí. Tiene razón Fernando. Inés lo hubiera descubierto, porque es inteligente. ¿Quién será, Dios mío? (Queda un rato pensativo).

Luisa y su madre (entrando).

- Buenas tardes!

Enrique.

- Cómo!. ¿Tú, Luisa, por aquí?. ¿Y usted, doña Joaquina?.

Doña Joaquina.

- Sí. Era necesario. Jamás hubiéramos creído ni mi hija ni yo...

... lo que me ha permitido tener una visión más amplia de la situación de la empresa y de sus posibilidades de desarrollo. En consecuencia, he decidido aceptar la oferta de trabajo que me ha sido ofrecida y comenzar a trabajar el día 1 de agosto de 2010. Agradezco muy especialmente a todos los señores que me han ayudado y apoyado durante este proceso, y en particular a los señores [nombres] y [nombres].

Luisa.

- Déjame a mí, mamá.

Enrique.

- Me alarman ustedes.

Luisa.

- Sí. Tienes razón para alarmarte. Aunque ¿quién sabe?. Tu des-

conates es tan grande....

Enrique.

- Por Dios, Luisa!. Qué lenguaje!

Luisa.

- El que te mereces. Nunca hubiera yo sospechado que eras tan

único.

~~Enrique~~

Enrique.

- Pero ¿a qué esos insultos?.

Luisa.

- No les llames insultos. Son la pura verdad.

Enrique.

- ¿Y dices tú eso?.

Luisa.

- Yo y todo el mundo.

Enrique.

- Ah!. Empiezo a adivinar.

Luisa.

- Naturalmente!. Después de tu conducta de anoche en el Casino,

ya puedes suponer lo que puede pensarse de ti.

Enrique.

(Aparte). - Con esto no había contado!. (A Luisa) - Pero tú

eres?....

Luisa.

- Mira. No te figures que me voy a entretener en discutir lo que

evidente. No he venido a eso.

En-rique.

- Pero mujer, si yo no soy culpable de nada!

Luisa.

- Qué descaró!. Con que tú, que saliste al baile del Casino des-
de asegurarme que te ibas a acostar; tú, que estuviste enamorando a
Berástegui (bien me lo temía yo); tú, que la quisiste raptar, de pro-
de veras; tú, finalmente, que vestiste para cometer todas estas fe-
de el abominable traje de don Juan, vienes ahora como purísimo corde-
a sacudirte el polvo de tus culpas diciendo solamente: No soy culpa-
del. Estoy inmaculado!.

~~En-rique.~~
En-rique.

- Te juro, Luisa.....

Luisa.

- Bah!. Vosotros, que tantas veces falseáis las leyes, estáis
costumbrados a jurar en falso.

En-rique.

- ¿Cómo demostrarte?....

Luisa.

- De ninguna manera. Hay cosas que no tienen compostura y ésta
una de ellas.

En-rique.

- Si no me dejas hablar....

Luisa.

- ¿Para qué?. Está ya todo dicho.

En-rique.

- Entonces, ¿qué pretendes?.

Luisa.

- ¿Qué?. Pues darme el gusto de decirte que por fin te he cono-
do y que, gracias a Dios, ha sido a tiempo.

En-rique.

- ¿A tiempo para qué?.

Luisa.

- Pues ¿para qué va a ser?. Para apartarme de ti como de la pes-

Enrique.

- ¿Sin escucharme?.

Luisa.

- Es inútil.

Enrique.

- Lo será para ti. Para mí no lo es. Yo tengo que afirmar rotun-
damente que es falso cuanto se dice de mí a propósito de ese don Juan.

Luisa.

- Qué cinismo!.

Enrique.

- Llámalo como quieras. Anoche no salí yo de casa, como siempre.

Luisa.

- Pero si podría sacarte mil testigos de lo contrario!.

Enrique.

- Ni uno. Puedes preguntar a mi criado.

Luisa.

- Tu criado!. Cuando tú mientes tan descaradamente, ¿qué no ha-
rá él, vendido a ti?.

Enrique.

- Si no me crees....

Luisa.

- No. No te creo. Hay demasiadas pruebas contra ti. Mis mejores
amigos me han abrumado con sus relatos.

Enrique.

- ¿Y les crees a ellos más que a mí?.

Luisa.

- Naturalmente!. Además, te vió todo el Casino. Pero ¿a qué per-
der tiempo en todo esto?. Sólo quería decirte que todo ha terminado entre
nosotros. Eres libre y no existe entre los dos desde hoy el menor compro-

30. Mi dignidad se subleva al solo pensamiento de tener un marido como
Puedes casarte tranquilamente con Inés Berástegui.

Enrique.

- Siempre los celos!

Luisa.

- No. Esta vez no. Es algo mucho más elevado. Va en conciencias.
tuya, por lo visto, no encuentra motivo suficiente para un rompimiento
definitivo. Peor para ti. Vámonos, mamá.

Enrique.

- ¿Usted también, doña Joaquina, me cree culpable?.

Doña Joaquina.

- Para mí su delito mayor es haber imitado a don Juan, contra
ten ha trinado usted siempre.

Enrique.

- Y sigo odiándolo. Si parece mentira que no comprendan ustedes
de lo que se me achaca es imposible!. Yo imitar a don Juan, a ese canalla
ego y estéril!;

Luisa.

- Todo es inútil, mamá. ¿No ves que sería capaz de renegar hasta
su misma madre y quedarse tan tranquilo?.

Doña Joaquina.

- Te sobra la razón, hija mía. No hablemos más. (A Enrique). Us-
lo pase bien.

Enrique.

-Doña Joaquina!....

Luisa.

- Adiós para siempre. Eres tan canalla como el don Juan a quien
atabas de emular. (Se van).

Enrique.

- Oh, Luisa mía!.... Y se van!. ¿Quién hará la luz y me salvará
esta injusticia que se comete conmigo?. Pero ¿a dónde recurrir?. Todo

es contrario. Oh, el que ha querido hacerme daño ha trabajado bien, perfectamente!. ¿Cómo descubrirlo?. No se me ocurre nada. Estoy atontado. Un día para otro lo he perdido todo: la consideración, el buen nombre, la fama acrisolada de persona formal. Y sobre todo, el amor de mi Luisa. Señor, Señor, ven en mi ayuda!. Desvanece con tu poder omnipotente estas malditas apariencias que me condenan irremisiblemente!. Pero yo debo obrar al mismo tiempo. Hay alguien que trabaja contra mí y poco he de poder si lo descubro prontamente. Pero estoy tan cansado!.... Mejor será acosarse. Mañana daré principio a mis pesquisas. Oh, quienquiera que haya hecho, me lo ha de pagar bien!. (Se va).

MUTACION.

SECRET

Cuadro segundo.

Exterior del chalet del naviero Berástegui, junto al mar. La escena está solitaria durante un minuto, al cabo del cual sale don Juan, que da la vuelta al chalet. Es de noche.

Don Juan.

- Vive Dios, que Inés no ha de escapárseme esta vez!. El campo politarío favorece mi intento. Escalaré el palacio y todos los villanos del mundo no serán bastantes para impedir que Inés me siga. Sería la primera aventura en que don Juan había fracasado. La fama pregonaría satisfecha mi derrota y las gentes dirían que don Juan iba ya envejeciendo. Pero, por Jesucristo vivo, no ha de ser!. Veamos si hay acceso por el otro costado. (Se oculta. Aparecen dos policías en traje de paisano, re-
statándose).

Un policía.

- ¿Lo has visto, Barruelo?. Razón tenía el Comisario. Nos ha asegurado que el famoso don Juan había de venir a rondar el chalet de Berástegui.

~~El otro policía.~~ Barruelo.

- Sí. Ese viene por la señorita Inés. Pero me parece que esta noche ya no le va a valer el disfraz.

~~El otro policía.~~ El otro policía.

- Pues gracias a él le hemos podido seguir la pista. Lo que era difícil en Carnaval es sencillísimo en Miércoles de Ceniza. Créeme que yo estoy intrigado.

Barruelo.

- Como me pasa a mí. Pero me parece que esta noche se va a saber todo. También es capricho el de Miralles!. Andar por ahí vestido de don Juan cuando tan fácilmente le sería, con el prestigio que tiene, pretender casarse con la de Berástegui.

Quinto capítulo

Algunos de los miembros del jurado...
...de la corte al emitir su veredicto.

El juez...
...de la corte al emitir su veredicto.

Un jurado...
...de la corte al emitir su veredicto.

El jurado...
...de la corte al emitir su veredicto.

Los jurados...
...de la corte al emitir su veredicto.

Como se ve...
...de la corte al emitir su veredicto.

El otro policía.

- ¿Y si no fuese Miralles?. Ahora hay quien dice que no sale de casa por la noche.

Barruelo.

- Quita, quita!. Si hubiera sido uno solo el que lo vió!. Pero no vaya a venir mientras hablamos y se nos escape. Esta noche hay que ponerle el guante a toda costa. Toda la población está intrigada y ya se hacen las órdenes del Comisario. Tenemos que llevárselo, como quiera que sea.

El otro policía.

- En estos árboles podemos escondernos. (Se ocultan tras los árboles).

Don Juan (apareciendo).

- Decididamente, una de estas ventanas es la mejor entrada. Abrirla no será difícil y luego la salida.... Bah! ¿quién se preocupa?.. (Se acercan los dos policías por detrás y lo sujetan por los brazos).

Don Juan.

- Soltad, villanos!. (Hace esfuerzos para desasirse). Voto al infierno!. (Un policía toca un silbato). Por fuerza habéis de ser fementidos bandoleros!.

Un policía.

- Si es el mismo Miralles!!. Don Enrique, tenemos órdenes de conducirlos a la presencia del Sr. Comisario.

Don Juan.

- Os digo que soltéis!. Malditos seáis todos!. Oh, es indigno de mí. Tener que sucumbir ante la fuerza de esta canalia!. (Acude una pareja de guardias y algunos transeuntes. Entre todos lo sujetan).

Un transeunte.

- Toma!. Si es el don Juan que tanto está dando que hablar!. Tiene que estar chiflado, por necesidad. (A don Juan). Qué!. ¿No se ha dado usted cuenta de que estamos en Miércoles de Ceniza?. Mira que sale disfrazado!.

Don Juan.

- Cobarde y vil canalla!.

El transeunte.

- Y además nos insulta!. Vamos, vamos, tenga usted en cuenta que vivimos otros tiempos distintos de los del Tenorio. La sociedad que le dió vida ha cambiado y ya no son posibles sus desafueros. ¿Por qué no se le ha ocurrido a usted marchar a Inglaterra a emular a don Juan?. No hubiera usted podido pasar de la primera aventura. Se hubiera usted tenido que casar y indemnizar a sus víctimas, a no ser que éstas fueran unas desgraciadas que se contentasen con su suerte. Aunque me parece que no es necesario salir de España para hacer fracasar a don Juan.

Don Juan.

- No sé cómo he podido aguantar tanto tiempo tu charla vana y aparatada!. Yo soy don Juan, el eterno burlador, siempre triunfante e inmortal!. Mientras exista el amor en el mundo....

Otro transeunte.

- Calle usted, no blasfeme!. Si el amor fuera lo que don Juan había practicado, sería cosa de maldecir de todo.

Don Juan.

- ¿Qué sabéis vos de amor?.

Un tercer transeunte.

- No se obstinen ustedes. Aquí hay algo que no acabo de entender. Miralles metido en estas aventuras!.

Don Juan.

- ¿Qué decís de Miralles?. Yo soy don Juan, el ídolo de las mujeres y el terror de los hombres de esta España y de Italia.

El primer transeunte.

- ¿No lo decía yo?. Está chiflado.

El policía.

- Bueno, bueno!. Vámonos a la Comisaría. Allí saldremos de dudas. (Entre todos se llevan a don Juan, que forcejea queriendo desasirse).

Don Juan.

- Ah, malditos! Me la habéis de pagar!.

El primer transeunte.

- Tan largo me lo fiáis!.

MUTACION.

Cuadro tercero.

La Comisaría. Al cabo de un momento entra don Juan con los policías y los guardias.

El primer policía.

- Aquí está el famoso don Juan, señor Comisario.

El Comisario.

(Aparte). No cabe duda. Es el mismo Miralles en persona. (A don Juan). - Me he visto obligado a mandarle detener, señor Miralles, porque..

Don Juan.

- ¿Qué decís?. No os entiendo.

El Comisario.

- Digo que me he visto precisado a hacerlo detener porque con esas genialidades estaba usted ya soliviantando a la gente.

Don Juan.

- ¿Y qué me importa a mí la gente?.

El Comisario.

- Pero me importa a mí. Tenga usted en cuenta, señor Miralles...

Don Juan.

- Llamadme por mi nombre.

El Comisario.

- ¿Por su nombre?. (Aparte) Otra genialidad!. (A don Juan)

Pues bien, don Enrique.....

Don Juan.

- Harto estoy ya de oiros. Qué Miralles ni Enrique!!. Yo soy don Juan Tenorio, terror de los sevillanos y admiración del mundo entero!.

El Comisario.

- Qué extraño es todo esto!.

Urrutia (entrando).

- Buenas noches, don Felipe!.

Primer acto

En un momento de la tarde, en un momento de la tarde, en un momento de la tarde...

El primer acto... En un momento de la tarde...

El segundo acto... En un momento de la tarde...

El tercer acto... En un momento de la tarde...

El cuarto acto... En un momento de la tarde...

El quinto acto... En un momento de la tarde...

El sexto acto... En un momento de la tarde...

El séptimo acto... En un momento de la tarde...

El octavo acto... En un momento de la tarde...

El noveno acto... En un momento de la tarde...

El décimo acto... En un momento de la tarde...

El undécimo acto... En un momento de la tarde...

El duodécimo acto... En un momento de la tarde...

El Comisario.

- Hola, Urrutia!. ¿Qué le trae por aquí?.

Urrutia.

- Haga usted el favor de hacer salir a todos. Tengo que hablar
usted.

El Comisario.

- Pero tenemos entre manos este asunto del don Juan....

Urrutia.

- Es precisamente por eso. Yo se lo explicaré todo.

El Comisario.

- Falta hace!. Porque cada vez lo entiendo menos. Llévense al
tenido y guárdenlo hasta nueva orden. (Salen los policías y los guar-
as con don Juan).

Don Juan.

- Tened en cuenta que mi padre goza del favor del Rey!. (Se va).

El Comisario.

- Habla como si realmente fuera el mismo don Juan.

Urrutia.

- Sí. Tiene que ser así.

El Comisario.

- Vamos!. Ahora puede usted hablar.

Urrutia.

- Cuando volvía a mi casa he sabido que acababan de detener a
te don Juan que es la comidilla de la ciudad.

El Comisario.

- Pero ¿es Miralles?.

Urrutia.

- Verá usted. Hace días que estaba yo sobre aviso y me ha falta-
tiempo para venir aquí. En cuanto he visto al don Juan mis sospechas se
confirmado.

El Comisario.

- Y ¿quién es?.

Urrutia.

- Miralles, Enrique Miralles, el abogado. No tengo la menor duda de ello porque es uno de mis mejores amigos.

El Comisario.

- Y ¿cómo no le ha reconocido a usted?.

Urrutia.

- Porque no puede reconocerme.

El Comisario.

- Pero ¿ si no es posible?. Un hombre tan correcto, tan formal hasta ahora, iba a meterse en estas aventuras?.

Urrutia.

- Sí. La cosa parece inverosímil, pero no por eso ~~es~~^{es} menos cierto.

El Comisario.

- Pero ¿cómo se explica?.....

Urrutia.

- Patológicamente. Se trata de una enfermedad de la personalidad. Yo, como médico, venía observando hace tiempo a Enrique. Estos últimos días su cansancio se había agravado, porque lleva una temporada de excesivo trabajo. Y el fenómeno que yo me temía se ha producido.

El Comisario.

- ¿Cuál?.

Urrutia.

- Un desdoblamiento sucesivo de la personalidad.

El Comisario.

- Algo he oído hablar de eso.

Urrutia.

- Sí. Se trata de uno de esos casos que los médicos llamamos personalidades alternantes. Estos enfermos viven sucesivamente dos existencias que no se mezclan. Pasan alternativamente de "estados primeros" "estados segundos", constituidos por experiencias personales y memo-

personales, propias de cada uno de los estados.

El Comisario.

- Entonces, ¿en cada individuo viven dos personas?

Urrutia.

- Justamente. En el mismo individuo hay dos yos desigualmente inteligentes y con caracteres distintos: ~~el~~ uno será amable, el otro irascible; el uno será un abogado honorable, como nuestro Enrique, y el otro don Juan con todos sus odiosos caracteres.

El Comisario.

- Pero ¿no se conocen el uno al otro?

Urrutia.

- Unas veces sí; otras no. Este último caso es el de Miralles.

El Comisario.

- ¿Sabe usted que parece imposible?

Urrutia.

- Pues la Medicina lo tiene bien probado. Entre otros casos podría citarle a usted el de Férida, observada por Azam; el de Mary Reynolds observada por Mac Nish; el de Léonie, observada por Janet; y otros.

El Comisario.

- Y ¿cómo le ha dado a Miralles por emular a don Juan en su segunda personalidad?

Urrutia.

- Por el odio que le tenía. Había llegado a ser una obsesión para él y el desdoblamiento ha tenido lugar en dirección al tipo aborrecido.

El Comisario.

- Entonces ¿es un enfermo?

Urrutia.

- Sí, desgraciadamente. Y un enfermo grave. Por eso lo que procede es dejarle volver tranquilamente a su casa. Pero no ahora.

Tratado de Comercio entre Chile y los Estados

del 25 de Julio de 1904

Entre Chile y los Estados Unidos de Norteamérica

Excmo. Sr. Presidente

Yo, el Sr. Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, y yo, el Sr. Presidente de Chile, por nosotros mismos, pero en nombre de nuestros respectivos pueblos, con plenas facultades para ello, hemos convenido en celebrar este Tratado de Comercio y Consular, y el texto de dicho Tratado se encuentra en las páginas siguientes.

En fe de lo cual se firmó el presente Tratado en

Washington

el día veinte y cinco de Julio de mil noventa y cuatro.

En fe de lo cual se firmó el presente Tratado en

Santiago

el día veinte y cinco de Julio de mil noventa y cuatro.

En fe de lo cual se firmó el presente Tratado en

Santiago

el día veinte y cinco de Julio de mil noventa y cuatro.

En fe de lo cual se firmó el presente Tratado en

Washington

el día veinte y cinco de Julio de mil noventa y cuatro.

En fe de lo cual se firmó el presente Tratado en

Washington

el día veinte y cinco de Julio de mil noventa y cuatro.

En fe de lo cual se firmó el presente Tratado en

Santiago

el día veinte y cinco de Julio de mil noventa y cuatro.

El Comisario.

- Sin embargo, yo no sé si debo....

Urrutia.

- Recabo para mí toda la responsabilidad. Como Comisario puede
estar tranquilo.

El Comisario (excusándose).

- Ya comprenderá usted, Urrutia....

Urrutia.

- Sí, sí. Lo comprendo perfectamente. Pero no pase usted el me-
jor cuidado.

El Comisario.

- Entonces, lo soltamos.

Urrutia.

- No. Todavía no. Haría alguna barrabasada. He podido notar que
paso de un estado a otro tiene lugar al comenzar y al terminar el sue-
ño de Miralles. De modo que ténganlo ustedes hasta el amanecer. El mismo
irá entonces a su casa.

El Comisario.

- Bien. pues lo haré así. Vaya usted tranquilo.

Urrutia.

- Muchas gracias, don Felipe. Voy a estudiar el caso a fondo.
Esta la vista. (Se va).

El Comisario.

- Adiós, Urrutia.

MUTACION.

El Gobierno

- Sin embargo, lo de la...

Urbán

- Recabo para mi parte la...

El Gobierno (exclusivo)

- En consecuencia...

Urbán

- El Gobierno...

El Gobierno

- En consecuencia...

Urbán

- No obstante...

El Gobierno

- En consecuencia...

Urbán

- En consecuencia...

El Gobierno

- En consecuencia...

El Gobierno

- 19 -

Cuadro cuarto.

Dormitorio de Enrique. Está amaneciendo. Al cabo de un minuto abre uno de los balcones y por él entra don Juan, es decir, Miralles.

Don Juan.

- Suerte odiosa!. Nunca me sucedió esto!. Entretanto, Inés está a poder de sus verdugos. Mas poco ha de poder don Juan si no consigue liberarla bien pronto de sus manos. Mañana han de saber quién es don Juan. Yo y el infierno contra todos!. Pero durmamos antes, pues tengo el cuerpo abrumado de fatiga y el espíritu exhausto. (Se echa sobre la cama vestido tal como está y se queda profundamente dormido mientras va cayendo lentamente el telón).

FIN DE LA TRAGICOMEDIA.

Leoncio Urabayen

Leoncio Urabayen
Yanguas y Miranda, 8-30.
PAMPLONA

1912

Comisión de Historia y Geografía. Se acuerda que se abra un curso de Historia y Geografía para el año 1912.

Don Juan

Se acuerda que se abra un curso de Historia y Geografía para el año 1912. Se acuerda que se abra un curso de Historia y Geografía para el año 1912. Se acuerda que se abra un curso de Historia y Geografía para el año 1912.

Fin de la Sesión

Secretario

